

Una ayuda para adherir (II)

La comunidad

Don Luigi Giussani, El sentido Religioso, Capítulo XIII

La experiencia del riesgo

¿En qué reside la verdadera dificultad para que el hombre lea ese nombre misterioso que le sugiere y señala la llamada que le llega de todo lo real? ¿Dónde está la verdadera dificultad para reconocer la existencia de Dios, la existencia del misterio, el significado que sobrepasa al hombre?

Es necesario subrayar de nuevo que la naturaleza hace que el hombre perciba fácilmente las cosas que le resultan más necesarias para vivir. Y, de todas las cosas necesarias para vivir, lo más necesario es intuir la existencia del por qué, del significado de todo: es la existencia de Dios. En la *Apología pro vita sua* el gran Newman dice que a sus catorce años, yendo por la calle, tuvo la intuición fulgurante de que había «sólo dos seres autoevidentes: el yo y Dios»¹. La mayor facilidad para captar la existencia de Dios se identifica con la inmediatez en percibir la existencia de uno mismo. En efecto, Dios es la implicación más inmediata que tiene la conciencia de nosotros mismos, como ya hemos visto antes. Para una visión humana del mundo, el presentimiento y la intuición de que existe un significado adecuado —aquello que llamamos Dios, esa X misteriosa, ese *quid* (¡neutro sublime!)— es la implicación más obvia e inexorable.

Yo quisiera, pues, contribuir a descubrir el punto exacto en el que reside la dificultad para admitir la existencia de Dios.

Una consecuencia inevitable de la relación con Dios, que está mediada por el fenómeno del signo, es esa experiencia que yo llamo la experiencia del *riesgo*. La interpretación de los signos es como aventurarse en otra tierra, es como el viaje marítimo que emprendió Ulises más allá de las columnas de Hércules.

Asumir un riesgo no es hacer un gesto o realizar un acto careciendo de razones adecuadas para ello, porque en ese caso no hay riesgo, sino irracionalidad. El riesgo consiste en otra cosa.

Yo comprendí bien este concepto al recordar una vez, a muchos años de distancia, un episodio de mi niñez. Siempre estaba pidiendo que me dejaran subir en cordada una montaña y siempre se me respondía: «Eres demasiado pequeño». Un día me dijeron: «Si apruebas el curso en junio harás tu primera cordada». Y así sucedió. Primero iba el guía, después iba yo y detrás dos hombres. Habíamos recorrido la mitad del camino cuando vi que el guía daba un pequeño salto. Yo, que estaba a tres o cuatro metros de distancia, sujetando la cuerda con mano nerviosa, oigo que me dice el guía: «¡Ánimo! ¡Salta!» Estaba justo al borde de una repisa; a casi un metro había otra repisa, pero estaba separada por un profundo barranco. Me di la vuelta de golpe, y me agarré de tal manera a una prominencia de la roca que tres hombres no fueron capaces de moverme. Recuerdo que me decían: «¡No tengas miedo, que estamos nosotros!». Y yo me decía a mí mismo: «Pero eres un estúpido, si te llevan ellos»; me lo decía a mí mismo, pero no conseguía separarme de mi improvisado apoyo.

Este pánico excepcional me hizo entender, muchos años después, lo que es la experiencia del riesgo. Lo que me bloqueó no fue la ausencia de razones; pero las razones estaban como escritas en el aire, no me tocaban a mí. Es análogo a cuando las personas dicen: «Tiene usted razón, pero yo no estoy convencido». Es un hiato, un abismo, un vacío que se produce entre la intuición de la verdad, del ser, que nos brinda la razón, y la voluntad una disociación de la razón, que es percepción del ser, con la voluntad, que es afectividad, energía de adhesión al ser (el cristianismo señalaría esta experiencia como la herida producida por el «pecado original»). Uno ve las razones, pero no se mueve. No se mueve porque le falta la energía para ser coherente: coherente no en el sentido ético de tener un comportamiento consecuente, sino en el sentido teórico de adherirse intelectualmente

¹ Cf. J. H. Newman, *Apología pro vita sua*, Ediciones Encuentro, Madrid 1996, p. 32

a la verdad que las razones permiten entrever. Esta coherencia es el primer paso para alcanzar la unidad del hombre. La coherencia, por tanto, es la energía con la que el hombre se toma a sí mismo y se adhiere, «se pega» a lo que la razón le hace ver.

No obstante, de hecho se produce esa separación entre la razón y la afectividad, entre la razón y la voluntad: y de aquí nace la experiencia del riesgo.

No es una hipótesis abstracta, es algo muy concreto. Se puede dar el caso de un hombre, por ejemplo, que desde hace siete años se haya prometido a una joven y no se decida, no porque sea malo, sino porque continuamente está pensando: «y después...; y si...; pero...; y qué podría hacer para estar seguro... »

Este hombre no percibiría ningún riesgo si no estuviera el matrimonio en su horizonte. ¿Cuándo aparece pues, el sentido del riesgo? El sentido del riesgo penetra en nosotros en la medida en que el objeto que tenemos delante afecta al *significado* de nuestra existencia. Cuanto más afecta una cosa al significado de la vida, más posible es que se produzca en nosotros la experiencia de esta división irracional.

He puesto el ejemplo del hombre que va a casarse, pero evidentemente es mucho mayor el problema del significado total de la vida, la cuestión de la existencia de Dios. Aquí es mucho más grave la división entre la energía de adhesión al ser y la razón como descubrimiento del ser; en esto la lista de los «pero», «si», «sin embargo», «quizá», como decía antes, sirve de línea de cortafuego que protege la retirada de nuestro personal compromiso con el misterio. Es la suprema inmoralidad: la inmoralidad ante el destino de uno mismo.

Vuelvo a aquel recuerdo de mi infancia. ¿Cómo podría haber sido capaz de separar mis brazos de aquel saliente de la roca? Sólo con una enorme fuerza de voluntad. Pero no tenía esa fuerza de voluntad. Además la solución no está en ello; sería demasiado difícil, en un tipo de experiencia semejante, encontrar energías tan puras y tan fuertes para afrontarla. Sólo una fuerza de voluntad con enorme energía podría hacer que nos adhiriéramos a razones que nos parecen abstractas.

Sólo una gran fuerza de voluntad podría permitirnos superar el miedo de afirmar el ser. He aquí la verdadera experiencia del riesgo: un miedo de afirmar el ser, miedo extraño porque es extraño a la naturaleza, es contradictorio con nuestra naturaleza; cuanto más afecta una cosa al significado de la vida, más miedo tenemos de afirmarla. Este miedo es lo que tendría que ser vencido por el esfuerzo de la voluntad, es decir, por la fuerza de la libertad. Pero esto es altamente improbable.

Hay en la naturaleza un método que consigue proporcionar a nuestra libertad la energía que nos permite atravesar y superar el miedo que nos produce el riesgo. Para superar el abismo de los «pero», «si», «sin embargo», el método que usa la naturaleza es el fenómeno *comunitario*.

Un niño corre por el pasillo, abre de par en par con sus manitas la puerta siempre entornada de una habitación oscura; asustado, sale corriendo. La mamá se adelanta, lo toma de la mano, y con su mano en la mano de su madre el niño va a cualquier habitación oscura de este mundo. Únicamente la dimensión comunitaria permite al hombre ser suficientemente capaz de superar la experiencia del riesgo.

Recuerdo del instituto que, cuando una clase se dejaba influir por el profesor de filosofía o de historia, y el clima general de la clase se tornaba contrario al hecho religioso, incluso los dos o tres más sensibles a éste vacilaban. En cambio, en una clase donde fuera manifiesto el acuerdo de algunos en su convicción religiosa, el profesor, a pesar de toda su habilidad dialéctica e intimidatoria, no conseguía liquidar el clima general de apertura al problema religioso.

La dimensión comunitaria no representa una sustitución de la libertad, ni una sustitución de la energía y de la decisión personales, sino la condición para que éstas se afirmen. Si yo pongo una semilla de haya sobre la mesa, incluso mil años después (supuesto que todo permanezca tal cual) no habrá germinado nada. Si yo tomo esta semilla y la pongo en tierra, entonces llegará a convertirse en una planta. El humus no sustituye a la energía irreductible, a la «personalidad» incomunicable de la semilla; pero el humus es la condición para que la semilla crezca.

La comunidad es una dimensión y una condición indispensable para que la semilla humana dé su fruto. Por eso la verdadera persecución, la más inteligente, es la que ha usado el mundo moderno, y no la que usó Nerón con su anfiteatro. La verdadera persecución no son las fieras, ni tan siquiera los campos de concentración. La persecución más encarnizada es el veto que el Estado moderno intenta poner a la expresión de la dimensión comunitaria del fenómeno religioso.

Para el Estado moderno, el hombre puede creer en todo lo que quiera -es asunto de su conciencia-, pero sólo si esta fe no implica como contenido suyo que todos los creyentes sean una sola cosa y que, por eso, tengan derecho a vivir y expresar esta realidad. Impedir la expresión comunitaria es como cortar de raíz el alimento de la planta; la planta morirá poco después.

El verdadero drama de la relación hombre-Dios, a través del signo que es el cosmos, a través del signo de la experiencia, no está en la fragilidad de las razones, porque todo el mundo es una gran razón, y no existe visión humana de la realidad que no perciba la provocación de esta perspectiva que lo supera.

El verdadero drama reside en la voluntad, que debe adherirse a esta inmensa evidencia. La dramaticidad consiste en eso que he llamado riesgo. El hombre padece la experiencia del riesgo: aun teniendo las razones ante sí, es como si no pudieran moverle, como si estuviera bloqueado; necesita un suplemento de energía y de voluntad, un plus de energía de libertad, puesto que la libertad es precisamente la capacidad de adhesión al ser.

Y la energía de libertad más adecuada brota cuando el individuo vive su dimensión comunitaria. Éste es el sentido que tiene la paradoja de Chesterton: «No es cierto que uno más uno hagan dos; uno más uno hacen dos mil veces uno»². También esto es lo que manifiesta el genio de Cristo, que identificó Su experiencia religiosa con la Iglesia: «Donde dos o tres estén reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos»³.

² Cf. G. K. Chesterton, *El hombre que fue Jueves*, Seix Barral, Barcelona 1984, p. 105.

³ 5 Cf. Mt 18,20.